

# Aguas aéreas

## Ríos

David Huerta

Un río es un dios. La divinidad de sus aguas se revela en la epifanía del fluir, en el devenir de la corriente: es una transformación incesante, grandiosa; al mismo tiempo, por paradoja, es una metamorfosis uniforme, continua, jeroglífico del tiempo detenido: la mutación de lo mismo en lo mismo.

En su lecho movable, la divinidad acuática es un emblema de la vida:

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir.

Vida fluida, flecha del tiempo; el venero del nacimiento, la desembocadura crispante de la agonía, el vaciamiento caudaloso de la muerte oceánica.

Un río es un dios pardo y robusto: Eliot lo vio así en los Cuatro Cuartetos (“The Dry Salvages”, primeros versos). O es un dios semejante a los profetas del Antiguo Testamento, a las deidades exuberantes de los cantos homéricos. Lo escuchó así fray Luis de León en la profecía sobre la “pérdida de España”: el Tajo se levanta de su lecho e increpa al rey violador, el godo en trance de cobrarse el derecho de pernada con la doncella Cava, hija del conde don Julián. Así comienza la historia de la venganza y la traición, reivindicada muchos siglos después por Juan Goytisolo en una novela magistral. La majestad del río es la majestad de la historia y la leyenda en el poema de fray Luis, una pieza de una incomparable densidad mitopoética: el tejido intrahistórico de la antigua Tartessos se resuelve en la voz grandiosa del discurso fluvial, empapado de goticismo y de profetismo (Francisco Márquez

Villanueva).

\*\*\*

El Tíber visto por Francisco de Quevedo es una profecía con la mirada puesta en el pasado: la fuga de las aguas es la única certidumbre de inmutabilidad junto a las piedras rotas del Foro y los muros derruidos del Coliseo y los lienzos desgarrados de los templos y el bullicio acallado para siempre del mercado.

Los dioses de los antiguos se han desmoronado como terrones de polvo. El Tíber, en cambio, conserva su propio imperio, su propio misterio, su hondura metafísica; dicta una lección estoica al Peregrino en busca de las huellas de los poetas y de los oradores —el viajero español transido por una gravedad digna de Marco Aurelio, cuya estatua ecuestre puede verse en el Palazzo Nuovo. La única huella visible es el agua en la quietud cósmica de su camino incesante.

No importa la genealogía del soneto, mil veces dicho y citado, tan pobre y atolondradamente usado por tantos espíritus sencillos: el temple de Quevedo es único, diferente, por sus armónicos trágicos y su noble patetismo, a los versos de Janus Vitalis, de Joachim du Bellay y de Ezra Pound, artífices del tópico en diversas lenguas y en tiempos diferentes.

El Tíber elocuente aparece en la Eneida como un anciano venerable, consejero del héroe troyano cuyo destino es fundar Roma en el Lacio. Otro de los avatares de esa imagen del río romano por antonomasia está en las páginas de *El escarabajo*, novela de Manuel Mujica Láinez.

\*\*\*

El poeta Dylan Thomas se bajó en la estación

equivocada. El tren debía llevarlo Pennsylvania adentro, hacia el centro del estado, en dirección al oeste; pero dormitó o se distrajo, y bajó apresuradamente en Lewisburg, un pequeño pueblo de menos de dos mil habitantes, dotado de una universidad para jóvenes adinerados: su rasgo más notorio.

Thomas tomó de la canastilla superior su pequeña valija viajera —llena de remiendos, repleta de libros y, sobre todo, de manuscritos—, se arregló la corbata, trató, sin lograrlo, de alisarse la camisa blanca con rayas azules y emprendió su camino.

El poeta salió de la estación ferroviaria y ni siquiera se preguntó adónde iría. Estaba tembloroso: la noche anterior había tomado una cantidad bíblica de whisky, y había conversado a gritos y había cantado a voz en cuello; era la enésima jornada alcohólica de esa temporada —la *temporada* duraba ya varios años. Los bosques de William Penn lo habían desorientado, se dijo; las menudas divinidades silvícolas, como siempre: elfos, *leprechauns*, enanos. Como cuando regresaba de la Taberna del Caballo Blanco y no podía abrir la puerta de su cuarto de hotel: lo asediaban entonces los espíritus chocarreros de Nueva York, provenientes de la tenebrosa Calle 42; lo emboscaban los diablos mandados, para perderlo en los laberintos de hierro por los brujos disfrazados de cantantes y curanderos en el Bronx y en las callejuelas de Brooklyn.

Dylan Thomas caminó sin rumbo durante algunos minutos. Sin saberlo, se encaminó hacia la orilla del río: el caudaloso Susquehanna, uno de los grandes brazos fluviales en la región boscosa de la Costa Este, rival desconocido del Hudson, gigante acuático de formidable potencia.

Escuchó el rumor de las aguas y siguió acercándose; pronto lo tuvo a la vista entre los pinos y los encinares: una avenida verde y oscura, rumorosa y sombría, tan ancha como el Támesis y tan enérgica como una catarata.

El poeta se detuvo, azorado; sintió cómo el río decía palabras numerosas y secretas; recogió las sombras de otros poetas, Robert Southey, Samuel Taylor Coleridge, y vislumbró el fantasma del científico Joseph Priestley, exiliado en estas provincias americanas por jacobino, en los tiempos de la Revolución Francesa; evocó el sueño utópico de la Pantisocracia, animado por los románticos ingleses, en

cartas mandadas a Priestley desde Inglaterra a estas tierras; pensó en los discípulos entusiastas de las reformas sociales y en el fervor inicial ante la hazaña de los franceses, luego ensombrecida por el Terror del año 93. Hasta el apacible Wordsworth se había contagiado de esas pasiones arrasadoras y escribió un puñado de sonetos llameantes. De todo eso hablaba el río, imagen del tiempo.

El poeta extraviado volvió al pueblo con paso cansino; estaba comenzando a sentirse realmente fatigado.

En Lewisburg, un grupo de jóvenes universitarios lo vio en Market Street y lo siguió un par de minutos por las aceras. Esos mu-

chachos —ávidos lectores, poetas y narradores noveles— sabían, desde luego, de la existencia de Thomas y de la leyenda oscura en torno de su figura: el alcohol, las lecturas inolvidables en voz alta, el genio en trance de destruirse, la ruina viva de un bardo consumido en la hoguera de los excesos. No podían creerlo: Dylan Thomas estaba en Lewisburg.

—¿De veras es él? —preguntó Philip, quizás el estudiante más notorio por la rapidez de su inteligencia y sus primeras páginas de narrador—. ¿Cómo es posible? ¿Alguien sabía de esto?

—Es él, es él —repuso Jack—; es infundible, miren: la nariz bulbosa, la cara roja, el pelo desordenado. Vamos a abordarlo. Quizá necesite ayuda.

Se acercaron con timidez y Jack lo abordó con una voz firme, a pesar de su nerviosismo. No todos los días se encuentra uno, como por accidente, a un genio vagando por ahí.

—¿Mister Thomas? ¿Necesita usted ayuda, orientación? Lo conocemos, lo hemos leído. Somos estudiantes aquí.

—El río, el río —musitó Dylan Thomas, ajeno a los jóvenes—, el río. Es enorme, es... muy bello.

—Sí, sí. Es el Susquehanna, uno de los ríos más grandes de los Estados Unidos —le dijo Jack.

Poco a poco los muchachos universitarios sacaron al poeta de su extraño marasmo, lo llevaron a comer y lo instalaron, para pasar la noche, en un hotel modesto. Él conversó con ellos hasta muy tarde, se negó a probar siquiera una cerveza, se burló —haciendo ejemplar escarnio de sí mismo— de su equivocación al bajarse en la estación equivocada y al día siguiente se despidió de sus protectores para seguir su camino, agradeciéndoles efusivamente su auxilio juvenil. También, ante el ruego de sus admiradores, la noche de la velada recitó uno de sus míticos poemas con la voz más bella de la literatura inglesa, voz de tenor sublime:

*Do not go gentle into that good night,  
Old age should burn and rave at close  
of day;  
Rage, rage against the dying of the light...*

#### UN HOMBRE A LA ORILLA DE UN RÍO

El hombre se detuvo a la orilla del río. Su tez oscura brillaba por el sudor de la caminata, un andar largo y extenuante. De la corriente parecía soplar una brisa refrescante.

No deberemos preguntar el nombre de esas aguas; es cualquier río, es todos los ríos del mundo. Él lo sabe. Su mirada recorre los árboles, el camino polvoriento dejado atrás, los roquedales y el cielo del atardecer; su piel morena siente la inminencia del frío, el frío de la noche.

El hombre suspira y le ofrece su meditación a la corriente:

He conocido ríos.

He conocido ríos antiguos como el mundo y más viejos que el flujo de la sangre humana en las venas humanas.

Mi alma se ha vuelto profunda como los ríos.

Me bañé en el Éufrates cuando las auroras eran jóvenes.

Construí mi choza cerca del Congo y el río me arrulló.

Miré el Nilo y levanté las pirámides por encima de él.

Escuché los cantos del Mississippi cuando Abe Lincoln bajó a Nueva

Orleáns, y he visto aquel seno lodoso volverse de oro en el crepúsculo.

He conocido ríos.

Ríos antiguos, oscuros.

Mi alma se ha vuelto profunda como los ríos.

Langston Hughes concluyó su meditación y volvió al camino, de regreso a las fuentes de la poesía y a los veneros de las aguas.

Todo esto me lo contó Jack Wheatcroft a las orillas del río Susquehanna, muchos años después. Él fue uno de esos muchachos protectores del inmenso poeta galés. No es totalmente segura la presencia de su amigo Philip, Philip Roth, en el encuentro en Lewisburg con Dylan Thomas, pues nada me dijo sobre ello; pero es sumamente probable, pues Roth vivía en esos años en el pueblo, asistía a clases en la universidad y era uno de los mejores camaradas de Wheatcroft.

Jack tampoco me dijo nada acerca del río y el poeta. ¿Dylan Thomas descubrió el imponente Susquehanna como aquí se ha referido? *Se non è vero...*

\*\*\*

El poema de Borges “El Golem” tiene dos planos evidentes: la historia del rabino praguense Judá León y la vía cabalística para manipular y aun *crear* la realidad. En la raíz de esa magia hay una vertiente paroxística del etimologismo medieval: si se conoce la palabra, se tiene la cosa designada. De ahí el principio floral y fluvial del poema:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)  
El nombre es arquetipo de la cosa,  
En las letras de *rosa* está la rosa  
Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*.

La rima en *—ilo* enlaza por el sonido pero también, misteriosamente, por el sentido, a Grecia con Egipto. El poeta de la Caverna y las prodigiosas Pirámides de los Ptolomeos.

Leo en esos versos, también, una hipótesis magnífica, acentuada por la palabra *todo*: junto a la pequeña rosa en la mano del mago, el nombre del río enorme trasluce la inmensidad en un espacio brevísimo —paradoja de lo grande encajado en lo pequeño—, pues la corriente gigantesca queda como domeñada, dominada, por la magia de la Cábala y depositada con suavidad entre los dedos del hablante-hacedor; dicho de otra manera: es concebible —¡quiera para la imaginación!— el acto de decir “rosa” y aparecer, como consecuencia de ello, una flor en la mano; pero no lo es tanto el decir “Nilo” y ver cómo el río

aparece en torno del hechicero o sobre su cabeza, como una voladora serpiente de cristal.

El poema no nos dice: *esto sucede*, ahí está la rosa, ahí el Nilo, con sus nombres; sino, sencillamente: las cosas están dentro de las palabras; el cabalista sabrá si echa a andar los acontecimientos perturbadores de esa posibilidad, esa brujería palabral. El rabino Judá León lo hizo en Praga y le dio vida a un muñeco grotesco en la Sinagoga, el Golem famoso; pero esa historia está más allá de la declaración o noticia estupenda de los primeros cuatro versos del poema. La rosa y el Nilo están ahí para siempre, en cuatro versos de una diafanidad deslumbrante.

En el cementerio de la sinagoga de Praga los visitantes pueden ver, entre las lápidas ruinosas, la del rabino cabalista. Ahí fui en 1975, en 1984, a recordar el poema de Borges y a saludar al fantasma de Judá León.

\*\*\*

El emperador Marco Aurelio combatía a los bárbaros con voluntad de hierro. Lo hacía embargado por una tristeza constante; esa melancolía era nutrida —la conjetura no es descabellada— en la continua naturaleza destructiva impuesta a sus acciones, como un sello infernal, por el destino de Roma. En el año 171, luego de cruzar el Danubio, Marco Aurelio aceptó al fin el título de *Imperator*, consagración política de sus campañas militares.

Junto al río —cuya historia contaría con mano maestra, muchos siglos después, el sabio triestino Claudio Magris—, el emperador-filósofo veía los cuerpos mutilados y arrastrados por la corriente. En 174 consigue su más grande victoria; así la describe Antonio Gómez Robledo en el prólogo a su traducción de los *Pensamientos*:

Por una jornada de nieve y frío glacial, los legionarios romanos, cabalgando o deslizándose sobre el Danubio transformado en hielo, alcanzan a los sármatas, que ya se retiraban, y los obligan a detenerse con una lluvia que dejan caer sobre ellos, de flechas y venablos, para librar luego, cuerpo a cuerpo y con la espada, una batalla

que dura hasta el crepúsculo precoz de la estación. El Danubio divino, brillante en la mañana como un espejo, está ahora negro de grumos congelados de sangre bárbara.

Los ojos estudiosos de Epicteto y las manos diestras en la escritura del griego se unirían frente al espectáculo. Esa tarde, casi noche, Marco Aurelio se cubría la mirada con las palmas para tratar de borrar la escena sangrante en la majestad rizada de las aguas. De su garganta saldría una especie de ronco gemido. Luego abriría los ojos y los brazos con el gesto de quien acepta el mundo, el mundo irremediable.

\*\*\*

Gómez Robledo escribe “Danubio divino”. Es un eco de Garcilaso de la Vega, quien sufrió destierro político en una de las islas fluviales. En la Canción Tercera (“Con un manso ruido”) describió hermosamente el río de su castigo:

Danubio, río divino,  
que por fieras naciones  
vas con tus claras ondas discurriendo...

Bienvenido Morros, editor moderno de Garcilaso, informa: la historiografía latina consagró como un tópico el curso del Danubio en su travesía por tierras bárbaras (“fieras naciones”). La claridad de sus aguas (“claras ondas”) es explicada por Fernando de Herrera, con apoyo en Vico Mercato, de esta manera: tienen “color de suero en la parte que divide a Suecia y Baviera y Alemania”.

\*\*\*

La hermosa y poderosa Ganga, divinidad celestial, decidió ayudar a los hombres. Ella era un río en el mundo superior y se propuso derramar sus aguas sobre el mundo sublunar. Un dios advirtió el peligro: si Ganga caía con todo su peso sobre la superficie de la Tierra, ésta sería destruida sin remedio. Shiva, entonces, se interpuso en el camino vertical de la cascada cósmica para amortiguar el golpe.

Ganga había escogido los Himalayas